

VII

El mundo estaba cubierto de templos llenos de inscripciones, que perpetuaban el recuerdo de los supuestos beneficios de los dioses y el agradecimiento de los pueblos, y tal era la confianza que inspiraban sus oráculos, que nada se emprendía sin consultarles.

Los versos de las Sibilas prometían á Roma que conservaría el cetro del mundo mientras observase las antiguas ceremonias, y por eso Roma mostraba el más ardiente celo en sostener esa religión que la aseguraba tan alto destino.

Véase, pues, hasta qué punto era sólido y parecía inquebrantable el paganismo.

CAPÍTULO VI

Tercera dificultad

ESTABLECER EL CRISTIANISMO

I

Destruir el judaísmo y el paganismo era solamente la primera y menos difícil parte de la empresa. Consistía la segunda en elevar sobre sus ruinas el Cristianismo.

¿Y qué era el Cristianismo? Era la adoración de un Judío crucificado, reemplazando en todos los altares del mundo al eternal Jehová y al gran Júpiter. Era, lo mismo para el judío que para el pagano, el más monstruoso sacrilegio. Era la negación de la razón y la más brillante locura. Para los menos hostiles, el Cristianismo era una religión nueva, absurda, imposible, desacreditada de antemano por el ignominioso suplicio de su Autor y por la obscuridad de sus adeptos.

II

Para un gran número de judíos y gentiles, el Cristianismo era una cosa todavía más odiosa. Era la aparición formidable de la verdad, de esta verdad acusadora que teme el hombre como al rayo, porque condena sus obras de tinieblas, le fatiga con sus despiadadas luces, y le persigue con sus remordimientos implacables. ¿Cuál no debió ser el espanto, el terror y la rabia de todos estos hombres de corazón corrompido que llenaban el mundo, cuando reconocieron á esta Reina absoluta que venía á reivindicar sus usurpados derechos? (1)

III

Si el más sabio de los filósofos, Sócrates, fué condenado á beber la cicuta por haberse atrevido á recordar una

(1) *Illuminans tu mirabiliter á montibus æternis, turbati sunt omnes insipientes corde. Ps. LXXV.*

sola de estas reformadoras verdades, ¿cómo habían de ser acogidos los que venían á proclamarlas todas, con una autoridad que no admitía réplica?

De este modo, por una coincidencia inaudita, la ignorancia del vulgo y la ciencia del sabio conspiraban de consuno con igual fuerza contra el establecimiento del Cristianismo.

IV

Es preciso decirlo: su más temible enemigo era el Cristianismo mismo. En su dogma, era una religión llena de inconcebibles misterios. Predicaba un Dios judío, y un Judío crucificado; un Dios único, y tres personas en Dios; un Dios hombre nacido de una virgen; un Dios que se entrega en alimento á los hombres bajo las apariencias de pan y vino, y otros cien dogmas igualmente incomprensibles á los ojos de la mera razón. Era indispensable admitir todos estos dogmas sin quitar una sola palabra, y con una

convicción tan grande, que dispusiera á estar siempre prontos á morir en su defensa, bajo pena de caer, al salir de esta vida, en las llamas eternas.

V

En su moral, era una religión que espantaba por su severidad y austeridad. No se contentaba con condenar las acciones culpables, proscribía las palabras, las miradas, los menores gestos que se opusieran á las virtudes que predicaba, y las predicaba todas. Descendía hasta el fondo de las conciencias, buscaba sus más delicadas fibras y las hería sin piedad. A sus ojos la complacencia en el mal, rápida pero consentida, era un crimen merecedor de una eternidad de suplicios.

VI

Su austeridad llegaba al colmo: no hablaba más que de cruces, de lágrimas, de mortificaciones, de ayunos,

de vigilancia continua, de combates contra sí mismo, de humillantes confesiones y de otras cien prácticas incómodas, y en la apariencia, más absurdas las unas que las otras.

Para citar un solo ejemplo: «Se decía al que quería ser cristiano: si quieres entrar en nuestra religión, debes desnudarte. —¿Desnudarme yo?, un hombre honrado, un príncipe, un emperador, un Constantino, ¿desnudarme? Os burláis de mí al decir esto. —Sí, es preciso que te desnudes en presencia de un vasallo tuyo, y que le ruegues que te sumerja en el agua, no solamente hasta el cuello, sino hasta encima de la cabeza. Así se bautizaba en la primitiva Iglesia» (1).

Ordenaba además la observancia de leyes desconocidas, contrarias á las más antiguas costumbres, á las preocupaciones más universales, tales como el perdón de las injurias, el amor de los enemigos, la fraternidad

(1) P. Lejeune, *Sermón sobre el establecimiento de la fe. T. V. p. 451.*

de todos los hombres, su igualdad ante Dios; es decir, que atacaba el corazón del mundo antiguo, cuya *base social era la esclavitud.*

VII

No inspiraba menor repulsión en cuanto al culto. Las magníficas iglesias, las brillantes solemnidades, las imponentes ceremonias que en la actualidad cautivan los sentidos y atraen los corazones, eran desconocidas al cristianismo primitivo. Era una religión pobre, que en lugar de fiestas pomposas, de danzas, festines, juegos del circo, espectáculos del anfiteatro, ofrecía solamente imágenes lúgubres, recuerdos sangrientos, serias lecturas, instrucciones y oraciones, cuyo objeto nada tenía de halagüeño para los sentidos. Era una religión toda espiritual y toda del porvenir. Por recompensa sólo prometía en la tierra el desprecio de los sabios, el odio de los pueblos, la pobreza, la muerte bajo las formas

más terribles; y después de esta vida, bienes invisibles de que ni aun podía el hombre formarse una idea.

VIII

Se comprende que el mundo antiguo haya aceptado el paganismo sin resistencia y hasta con afán, y que estuviese fuertemente adherido á él. Establecer el paganismo, era lo mismo que romper ante el torrente de las pasiones los diques que las contienen. Por el contrario, establecer el Cristianismo, era no solamente detener el torrente, sino hacerle volver hasta su origen. Profesar el paganismo, era adorar las inclinaciones más imperiosas y más agradables de la naturaleza. Profesar el Cristianismo era crucificarse vivo. Si la primera empresa nada ofrece de difícil, la segunda es un reto á todas las fuerzas humanas.

IX

Así se explica también el suceso de Mahoma. Se presenta á la cabeza de ejércitos fanáticos ante el árabe ignorante y corrompido, el sable en una mano, la copa del placer en la otra, y le dice: Cree ó muere.

En la fe que exige, está durante esta vida la autorización para robar, para matar y para sujetar á la esclavitud al que no crea; y después de la muerte la seguridad de gozar todos los placeres sensuales en un paraíso de deleites. Se concibe que halagando á las pasiones, haya podido tener el mahometismo numerosos partidarios. Para obtener semejante resultado no hay necesidad de ser Dios taumaturgo, santo, ni profeta.

X

Lo mismo puede decirse de todas las falsas religiones que se han presentado en el mundo. No hay una sola

que no deba su origen á la emancipación de una de las tres concupiscencias del corazón humano: el orgullo, la ambición, la voluptuosidad.

La luz se opone menos á las tinieblas, que el Cristianismo á todas las falsas religiones. Él solo no pacta con ninguna debilidad; él solo ataca de frente todos los vicios y todas las inclinaciones corrompidas; él solo predica todas las virtudes y ordena todo género de sacrificios.

Tal es, conviene repetirlo, la religión que se trataba de establecer.

CAPÍTULO VII

Cuarta dificultad

LA MAGNITUD DE LA EMPRESA

I

¿A quiénes pretende imponer esta aterradora religión?

¿A algunas aldeas solitarias, ignorantes y medio salvajes?

Nó.

¿A algunas insignificantes ciudades del Oriente ó del Occidente, igualmente extrañas á las luces que á la corrupción del resto del mundo?

Nó.

¿Solamente á pueblos bárbaros, y no á los egipcios, á los griegos y á los romanos, que van á la cabeza de la civilización?

Nó.

II

Se trata de predicarla á todos los pueblos sin excepción, al Oriente y al Occidente, al universo entero. La empresa no tendrá otros límites que los del mundo. Los hielos del Norte, los ardores del Mediodía, la inmensidad del Océano, la aspereza de las montañas, las arenas del desierto, serán impotentes barreras para contener su curso. El colosal imperio de los Césa-

res, que cree comprender él solo todo el universo, no formará más que una parte de la Iglesia que se ha de establecer. El soberbio Romano, el muelle Asiático, el Indio voluptuoso, el estúpido Moro, el orgulloso Germano, el feroz Escita, todos entran en este proyecto.

III

La influencia de los climas, la diversidad de las razas, la antipatía de caracteres, la emulación de la gloria, la rivalidad de mando, la oposición de intereses, la diferencia de costumbres, los vicios característicos de las naciones, no deben impedir que todos los pueblos se reúnan en una misma sociedad, adopten una misma fe, practiquen el mismo culto, ejerciten las mismas virtudes y se traten como hermanos.

CAPÍTULO VIII

Quinta dificultad

EL TIEMPO

I

¿Cuál es el tiempo elegido para predicar esta inconcebible locura é imponer esta religión, no menos severa en su moral que absoluta en su dogma?

¿Será, sin duda, alguno de esos siglos fabulosos, de que hablan los poetas, en que los hombres dispersados por los bosques, sin instrucción, sin luces, sin defensa, están dispuestos á creer cuantos desvaríos les anuncien hábiles impostores; siglos de oro, en que los habitantes de la tierra, exentos de vicios y de pasiones, no experimentan en sí obstáculo alguno para aceptar el yugo de la moral, por muy pesado que sea?

Nó.

Es el siglo de Augusto: siglo perfectamente histórico.

II

¿Qué era el siglo de Augusto? El siglo pagano más ilustrado y más corrompido; el siglo de la civilización material más avanzada; el siglo de los oradores, de los poetas, de los filósofos, de los guerreros, de hombres tan grandes en todo género, que todavía una admiración fanática los presenta á la juventud por maestros y modelos; pero hombres, cuyos desórdenes parecen en la actualidad fabulosos, y á quienes irritaba la sola idea del deber y de la obligación.

III

Practicar el robo, la usura, la concusión, el vicio infame bajo todas las formas y con refinamientos inauditos, tal era su afán, su vida, su gloria. Hacer devorar miles de hombres por

tigres, leones y panteras, ó que aquellos se degollaran entre sí, tal era su poder.

Y este placer les era tan habitual, que no salía una sola vez el sol, sin alumbrarle en algún punto del globo; este placer les embriagaba de tal modo, que se sacrificaban á él montañas de oro, y podía estar bien seguro el que se le ofrecía al pueblo, de llegar á las primeras dignidades del imperio, aun cuando fuere el hombre más miserable.

IV

Cualquiera convendrá, en que no es más difícil convertir lobos en corderos, trozos de granito en hijos de Abraham, que hacer aceptar á hombres semejantes, y en semejante siglo, el dogma y la moral del Cristianismo.

CAPÍTULO IX

Sexta dificultad

LOS CALUMNIADORES

I

Apenas apareció el Cristianismo, mil voces calumniadoras se levantaron contra él, le siguieron, le acompañaron, le precedieron en todos sus pasos arruinando sus primeras conquistas y haciendo imposibles las demás que intentaba. Enemigos en todo lo demás, los judíos y los paganos se habían unido para formar este formidable concierto, cuyos ecos hacían resonar desde el Oriente al Occidente.

II

Hombres de la nada, renegados, calificados blasfemos, sediciosos, destructores de la verdadera Religión, enemigos de la Patria y de Dios, perturbadores del reposo público, profanadores

de la Escritura, fanáticos que llevaban su audacia sacrilega hasta sustituir al Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob con un insigne malhechor, condenado jurídicamente á muerte por sus crímenes y ejecutado por el verdugo: tal era, con otras muchas injurias, la definición de los cristianos que daban los judíos.

III

Los cristianos, decían á su vez los paganos, son unos ateos, cuya impiedad provoca la cólera de los dioses inmortales; unos magos tenebrosos, que para lograr mejor sus criminales designios, no quieren entre ellos ni sabios, ni virtuosos, ni nobles, ni ricos; sino solamente gente tonta é incauta, pobres, niños, mujerzuelas, esclavos, malvados, como los que han inventado esta abominable superstición, cuyo Jefe, entregado por su misma nación á Pilatos, sufrió justamente el infame suplicio de la cruz; monstruos en forma

humana, que en sus festines nocturnos degüellan un niño, para beber su sangre y comer con delirio su carne aun palpitante, entregándose después á los más infames desórdenes.

IV

Estas calumnias habían prevalecido hasta tal punto, que el nombre de cristiano llegó á ser el de todos los crímenes, de manera que bastaba llevarle para, sin otro examen, ser juzgado digno de todos los suplicios y del odio del género humano. Nerón hizo quemar una enorme multitud, *multitudo ingens*, de reos de este crimen que les encerraba todos. Al ser conducidos al suplicio, les precedía un heraldo pregonando: Es un cristiano, un enemigo de los emperadores y de los dioses, *Cristianus, inimicus Deorum et Imperatorum*. Y esto bastaba para extinguir todo sentimiento de piedad hacia ellos.

CAPÍTULO X

Séptima dificultad

LOS HEREJES

I

Perseguido por el odio universal, no tenía el Cristianismo otra defensa que la estrecha unión de sus miembros. Pero bien pronto surge del seno mismo de la nueva religión un obstáculo, el más lamentable acaso.

II

Se introduce la división entre los cristianos, aparecen los herejes. A pocos pasos del cenáculo, de donde acaba de salir el Cristianismo, levantan altar contra altar. Viviendo todavía los Apóstoles, alteran la doctrina del Maestro, llegando hasta negar su divinidad. Con su rebelión, debilitan la

autoridad de los Pastores en el ánimo de los neófitos. Con sus historias llenas de falsedades, conmueven la autenticidad de los Evangelios. Con sus costumbres, más todavía que con sus discursos, predicán monstruosos errores que dan origen á sectas abominables.

III

Estas sectas pupulan como la cizaña. En menos de un siglo, nacen más de cuarenta. Se las encuentra en todas partes, en Asia, en Europa, en Africa. No puede dar un paso la verdadera religión, sin que ellas vayan en su seguimiento para desacreditarla. Son sus autores, ó sus más ardientes propagadores, sabios, hombres del pueblo, mujeres sobre todo, y hasta diáconos y presbíteros.

Aprovechándose de esta división, repiten de concierto judíos y paganos, que los cristianos no merecen confianza alguna, pues tan mal avenidos se hallan entre sí.

Y en verdad, ¿cómo creer á predicadores que unos dicen *si* y otros *no*? Lo más que podía concedérseles eran la indiferencia y el desprecio.

CAPÍTULO XI

Octava dificultad

LOS FILÓSOFOS

I

Después de los herejes vienen los filósofos judíos y paganos. Jamás fueron tan numerosos y tan hostiles á la verdad. Procuran con diligencia recoger cuantos rumores corren acerca de los cristianos. Se informan de lo que pasa en la nueva religión, y confundiendo intencionalmente á los verdaderos fieles con los herejes, imputan al Cristianismo los errores que condena y las abominaciones que reprueba. Ni las Escrituras ni las apologías escapan á sus investigaciones.

II

Pertrechados con todas sus armas, se creen en el deber de probar en sus escritos que todos los rumores que circulan acerca de los cristianos son fundados; que son en efecto ateos, enemigos de los emperadores y de los dioses, en una palabra, tan malvados, como les presenta la fama; que sus doctrinas son un fárrago de desvaríos, contradicciones é impiedades. Citas, sarcasmos, razonamientos, erudición, elocuencia, ingenio, nada falta en sus obras.

III

No olvidan objeción ninguna, por más que á partir del cuarto siglo, no hayan podido encontrar alguna nueva los más hábiles enemigos de la religión. La causa está juzgada. El pueblo, acostumbrado á creer siempre sobre la palabra de los sabios, se confirma inquebrantablemente en su opinión sobre los cristianos. Reasume

esta opinión en las palabras sangui-
narias, que resuenan durante muchos
siglos en los cuatro ángulos del mun-
do: Los cristianos á los leones. *Chris-
tianos ad leones.*

CAPÍTULO XII

Novena dificultad

LOS SATÍRICOS

I

A la vez que los calumniadores arro-
jan el Cristianismo á la execración
universal que los herejes desgarran su
seno, y los filósofos le desacreditan
ante las personas instruidas, los satí-
ricos se apoderan de él y le entregan
á las risas del pueblo.

II

Para formar una idea, aunque sea
algún tanto imperfecta, del efecto que
debieron producir en las clases igno-

rantes de Roma y Atenas las come-
dias bufas, las caricaturas innobles,
los chistes más ó menos groseros, con
los que, ridiculizando el Cristianismo,
era arrojado en pasto á muchedumbres
ignorantes y depravadas, basta recor-
dar lo que hemos visto nosotros mis-
mos y vemos todavía.

III

Para popularizar el odio y el des-
precio del Padre Santo, del dulce y
augusto Pío IX, se le ha sacado al
teatro. Una comedia sobradamente fa-
mosa, le ha presentado durante ciento
seis representaciones seguidas, como
un tirano, que hollando con sus pies
los sagrados derechos de la autoridad
paterna, merece la censura de unos,
el aborrecimiento de otros, y el des-
precio de todos. Más de cien veces,
los engañados espectadores han mani-
festado sus disposiciones hostiles, con
reprobaciones enérgicas y lágrimas de
compasión por las pretendidas victi-
mas del despotismo pontifical.

IV

Del mismo modo, para extinguir en las masas el temor saludable de los castigos eternos, nada se ha encontrado mejor que profanarles y ridiculizarles en la comedia, por tanto tiempo representada: *La belleza del Diablo*.

V

Inútil es añadir que á las comedias se juntan los libelos y las caricaturas. Tan infalible es á los ojos de los enemigos de la religión, el efecto de semejantes armas, que se ingenian para inventar cada día otras nuevas, seguros de provocar siempre, sino el odio, á lo menos el alejamiento, el desprecio y la incredulidad.

VI

Ninguno de estos ataques faltó al Cristianismo naciente. Libelos escritos con el espíritu de Voltaire, pusieron en ridículo la nueva religión. Los

chistes corrían de boca en boca, sin respetar los hombres, las cosas, ni las virtudes del Cristianismo. Algunos de estos libelos eran obligatorios en las escuelas, de modo que las generaciones nacientes, se educaban en el más profundo desprecio del Cristianismo. Las artes también se pusieron de su parte. Los discípulos del Crucificado eran representados, en los mismos muros del palacio imperial, de rodillas ante un hombre crucificado con cabeza de asno.

VII

Para acabar de ridiculizar la nueva religión, los cómicos la pusieron en escena, en sainete más burlesco los unos que los otros. Las más augustas ceremonias, los más santos misterios, las leyes más respetables, representadas por histriones en presencia de los emperadores, quedaban marcados con el ridículo, que elejaba de ellas más que el hierro de los verdugos. ¿Cómo

es posible adorar hoy lo que se acogió ayer con risas y desprecios?

CAPÍTULO XIII

Décima dificultad

LOS PROGRESOS DEL CRISTIANISMO

I

Hasta los mismos progresos del Cristianismo fueron un obstáculo para su propagación y una perpetua amenaza á su existencia. Entre los que oían á los Apóstoles, unos, dóciles á la gracia, abrazaban la verdad; otros se obstinaban en el error.

II

Los hijos se hacían cristianos y los padres permanecían paganos. Los esclavos bautizados rehusaban servir de juguete para los abominables capri-

chos de sus señores; los compradores de ídolos, de víctimas y de perfumes, no iban ya á casa de los mercaderes, cuya fortuna hacían.

III

Se dividían las familias; se desconocían los lazos de la sangre. El hermano denunciaba á su hermano; el padre á su hijo; el esposo á su esposa; el dueño á su esclavo; el amigo á su amigo. Las relaciones sociales se alteraban ó se rompían. Poco á poco en las ciudades y en las aldeas se formaron dos campos armados el uno contra el otro. Estas intestinas divisiones dejaban sentir sus efectos. Llevadas ante los tribunales, apasionaban al público en contrarios sentidos, y provocaban explosiones de odio y maldiciones contra los nuevos predicadores y contra sus doctrinas.
